

*“La mejor prueba de que la pereza es una aspiración instintiva del hombre, y uno de sus mayores bienes, es que, tal como está organizado este pícaro mundo, no puede practicarse, o al menos su práctica es tan peligrosa, que siempre ofrece por perspectiva el hospital”. Gustavo Adolfo Bécquer.*

### *Nueva York. Huida hacia la pereza.*

Si pensamos hoy día en una ciudad, una grande, populosa, moderna y cosmopolita, a casi todos se nos viene a la cabeza Nueva York. En contraste con otras ciudades europeas o asiáticas, Nueva York es relativamente joven y quizás por esto muestra el vigor propio de su edad. Es una inagotable vitalidad la que rezuma su aura, una amalgama compuesta de millones de almas muy distintas que conforman quizás la mayor colección de sintipos de la raza humana, tanto en apariencia como en espíritu. En sus calles puedes encontrar blancos descendientes de colonos, negros orgullosos de su pasado africano, chinos que únicamente hablan mandarín, hindúes con turbantes al volante y judíos con trenzas leyendo por las aceras, incluso nativos, eso sí, del sur del continente, ya que los autóctonos escasean. Quizás sea más sorprendente aún la existencia a veces mezclas de ellos, de casi todos, en lo que supone un bioindicador de igualdad teóricamente esperanzador, aunque en la luego práctica no sea relevante en muchas ocasiones. En otro sentido, en uno menos material, podemos toparnos con gentes extremadamente religiosas en todas sus variedades –que estas sí que no suelen mezclarse– y otras perfectamente ateas, tipos ingeniosos que se cruzan en las atestadas calles con idiotas andantes, eruditos que comparten metro con analfabetos que no saben leer en su idioma

natal ni hablar en el del país donde viven, bondades ambulantes con sicópatas encantados de serlo, individuos sensatos con especímenes abyectos en su forma de razonar; precisamente uno de estos últimos va a protagonizar nuestra historia.

La ciudad, desde su primer asentamiento, logrado mediante un ardid que, ya desde el principio, auguraba que esta sería una ciudad ambiciosa, ha crecido tanto que ha ido engullendo zonas aledañas. Se podría decir que el espíritu colono de los hombres que la fundaron prendió en sus entrañas y la convirtió en un inmenso fagocito. La vista cenital no contempla límites en Nueva York: solo un mar la limita al este cuando ya no quedó ninguna otra isla cercana, y al oeste, al norte, al sur, simplemente se desparrama. No la paran ríos naturales, ni carreteras artificiales, y solo en la distancia, ella únicamente, se deja morir. Liberalismo y libertad son dos de sus emblemas, encarnados en una pequeña calle con nombre de pared y una estatua regalada por la Vieja Europa. A pesar de su corta historia, la ciudad es prolija en acontecimientos ya desde sus inicios, cuando fue comprada a los nativos en un premonitorio episodio del estilo de vida que representa, y hoy día... ¿qué quieren que les diga?: todo puede pasar en la ciudad de Nueva York, el lugar donde se ha gestado el mayor número de leyendas urbanas, a pesar de que otros sitios la superen en longevidad.

Nos alejamos desde su centro a la periferia. Aún es Nueva York, eso creo, aunque tampoco importa demasiado que no lo sea legalmente; lo es esencialmente. No hay edificios altos alrededor en la zona. La poderosa fuerza que emerge del corazón de la ciudad, reconocible en los altos rascacielos, se

agota conforme nos alejamos y en el punto donde nos encontramos no da para más de diez pisos de altura. Al edificio que nos ocupa le sobra esta limitación pues solo tiene un par de plantas. Ha sido diseñado y construido para aprovechar más la bidimensionalidad, ya que la altura era un esfuerzo innecesario para su fin, más aún, suponía una incomodidad. El suelo donde se alza es público y no ha tenido que ser rentabilizado, esa es otra razón para explicar su altura. Es blanco por fuera y por dentro, color acorde a lo que encierra, por más que alguno sugiera que existen colores más adecuados.

Y es que este edificio acumula en su interior personas especiales. Individuos que han resultado variedades no apetecidas por la sociedad. Pudieran ser presos, pero no lo son, solo lo están. En realidad son enfermos. ¿Y tienen los enfermos que estar presos?, me dirán. Bueno, les contesto, este tipo de enfermos suele estarlo. La enfermedad del cuerpo es tolerada por todos, sabedores que, tarde o temprano, han -hemos- de padecerla, pero la de la mente... de esa todo el mundo se cree a salvo hasta que entra de lleno en ella, y ese sentimiento de inmunidad probablemente es la razón por la que surge la intolerancia frente a los que la padecen. Seguramente ayude también al rechazo de estas personas la sensación de inseguridad que representa convivir con alguien que nunca sabes cómo va a reaccionar ante la menor dificultad o, simplemente, en la mayor cotidianidad. Así que, pensamos los que nos sentimos cuerdos, lo mejor es tenerlos a todos enclaustrados, y si pasa algo... pues que le suceda a alguno de ellos; no deja de ser un razonamiento lógico, civilizado y bastante cruel.

Tenemos ya el sitio; busquemos al hombre. Ahora mismo está sentado, cavilando. Las ideas que cruzan su mente las analizaremos un poco más adelante, ahora nos centramos en su persona. Es joven, fuerte, moreno de piel y de pelo, su nombre es... realmente no conozco su nombre, no me lo dijeron cuando me contaron la historia que ahora relato, pero vendría bien que tuviese un nombre, así que se lo daré. Tendrá que ser un nombre corriente. Como estamos en Nueva York estimo que John puede ser perfecto. Le daremos también un apellido... ¿Qué tal Doe?, John Doe, puede que no sea original, pero no me negaran que es un nombre perfecto en este caso. Bien, pues John Doe resulta ser el segundo hijo de un matrimonio de clase trabajadora que, haciendo el mayor de los esfuerzos, intentó dar una educación suficientemente buena a sus retoños. El primer hijo les salió bastante adepto a su clase social e interrumpió sus estudios para trabajar en algún sitio donde emplea la fuerza de su brazo y el dolor de su espalda. Con el segundo, este John, procuraron, en vista de sus indudables dotes intelectuales, esmerarse más y acabó los estudios universitarios, eso sí, a base de mucho de su tiempo y de mucho del poco dinero de sus padres. Y es que John desde siempre fue bastante vago.

Lo veo ahora mismo, sentado en la silla, pensando con los ojos cerrados en actitud de esfuerzo, y no acierto a evitar que se me caigan dos lagrimones por esa pareja de progenitores que empeñaron en él su bien ganada y sufrida jubilación, tal vez pensando que un día su hijo menor vendría a casa a anunciarles que era socio de un importante bufete de abogados y a resarcirles en sus necesidades. Van a tener que esperar... de por vida, añadiría.

Para John, el recuerdo de aquellos que le dieron la vida y lo cuidaron de pequeño, y no tan pequeño, es ya tan lejano que casi le parecen desconocidos. No podemos culparle de eso, solo es otra de las cosas que caracterizan a la gente de las grandes ciudades: su desarraigo, no solo familiar, sino muchos otros aspectos. Y quizás para estos padres sea mejor la ignorancia que saber que, en lugar de selecto bufete, el hijo en quien pusieron todas sus esperanzas gasta su vida entre las paredes de un sanatorio mental financiado con el dinero de los contribuyentes neoyorquinos, acaso con el suyo propio.

Y visto ya que John Doe no va a ganar nunca el premio al mejor hijo, ni al mejor estudiante, ni tampoco al abogado del año, pasemos a conocer que rumia bajo ese rostro de esforzado gesto. Está pensando en un plan del que ultima detalles. Lo tiene casi listo. Tiene una idea para escapar de la situación que padece, la que convierte sus días en un infierno. No es la primera vez que lo intenta, ni la primera vez que lo ejecuta. Ha habido otras veces, pero ineludiblemente siempre vuelve a la misma situación. Realmente está agobiado, ya no puede soportarlo más y quiere huir de lo que lo atormenta. Y debe ser así, ya que de lo contrario jamás hubiera hecho el esfuerzo de pensar un plan, ni se atrevería a ponerlo en práctica, cosa que requerirá un esfuerzo aún mayor. Y es que, como se dijo, John tiene una tendencia a la pereza que le supera, y que por años va creciendo alarmantemente, y esa es precisamente la razón por la que ahora se encuentra entre estas paredes. Como dijo un moderno empeñado en informar al mundo sobre la ceguera: "Somos, cada vez más, los defectos que tenemos, no las cualidades". Suerte que el señor Doe estudiara en tiempos en

que esta dolencia aún no se encontraba firmemente arraigada en él, pues ahora mismo sería impensable el hecho de ponerlo delante de un libro con la intención, no ya de estudiarlo, sino solo de leerlo.

Ya tiene el plan y ahora debe poner en práctica su primera fase. Porque este plan tiene dos fases, siendo la primera, la que lo ocupará en breve, la disuasoria y la segunda la ejecutoria en sí. Esta última la tiene más definida en sus detalles pero para la primera debe improvisar, y eso le causa un enorme deseo de abandonar la empresa. Pero lo va a vencer, pues sus ganas de escapar a su destino más próximo son aún mayores que su desidia.

Se levanta lentamente, como si el movimiento le fuera racionado por algún espíritu del aire, y se dirige a la sala donde otros inquilinos de este singular hotel desperdician otra tarde más de sus vidas. Se para allí donde puede divisar a todos los reunidos buscando cuatro caras: son los rostros de sus futuros compinches, aunque ellos desconozcan aún que lo vayan a ser. Precisamente eso es lo que debe hacer, convencerlos para que su plan pueda echar a andar, ya que sin ellos nada sería posible ni tendría sentido.

No busca al azar, tiene definidos sus objetivos. El primero lo encuentra rápido, se encarna en una escuálida mujer sentada al borde de una silla cerca de la enrejada ventana por la que intenta mirar el exterior, algo casi imposible debido a la gruesa capa de mugre que esconde, no ya las afueras, sino el propio cristal donde se aposenta. No se piensen que digo esto por dejar mal al servicio de limpieza o a la propia Institución que rige este lugar; el suelo está limpio, las sillas y mesas sin polvo y las paredes y techos bastante blancos. Y como todo

está así, me da en pensar que quizás la mugre ha sido cultivada en las ventanas al objeto de que estas sean solo una entrada difusa para la luz del día, y no para permitir desde dentro la visión del vedado mundo exterior, ni desde él a personas a quienes se obvia, en un extraña práctica compasiva para pacientes –ojos que no ven– y considerada para la sociedad –corazón que no siente–.

La muchacha, extrañamente porque aún es joven y podría ser guapa, está bastante sola, aislada de los demás; pronto sabrán por qué. Alguien se le acerca, debe ser nuevo, por incauto, y pasa cerca suya. La joven reacciona cuando está a un palmo de ella: se abalanza sobre el sorprendido hombre, lo abraza, lo besa, le agarra su sexo con desenfreno, lo tira al suelo y se monta sobre él agitando su delgado cuerpo. El hombre intenta quitársela de encima y lo hace con la ayuda del propio John que acude obligado a su rescate y lo mantiene a distancia de ella, de la Mantis.

Así es como la llaman: la Mantis. Obviamente no es el nombre elegido por su madre cuando nació, que ese debe estar inscrito en alguna parte de los archivos del edificio, en una tarjeta rosa o amarilla, con su foto, su edad, y una larga lista de los hospitales por donde ha pasado. Este Mantis es un apodo, o más bien un autoapodo, ya que ella misma lo eligió en su día, dando muerte al instante a aquel nombre, posiblemente bonito y que hasta le vendría bien a su rostro, entonces todavía hermoso, que su madre escogiera. ¿Y cómo le dio por ponerse ese horrible alias?, preguntarán con razón –o sin ella, ya que sonoramente hay que decir que la palabra es cálida al oído y fonéticamente no desagradable en absoluto si hacemos el ejercicio mental de desligarla de la repugnancia que

puede representar su significado-; John sabía el porqué. Yo también lo he sabido, y como él no va a contarlo, lo haré yo. Me contaron que un buen día, encontrándose esta señorita inmersa en adolescencia tardía, se le metió en la cabeza que había sido mordida por una mantis religiosa, que, para quien no lo sepa, es un bichejo con bastantes malas pulgas por mucho que con su apellido quiera pasar por devota y adopte además posición de rezadora empedernida. Y creía la moza no solo eso, que pudiera haber sido una realidad constatada por unas pequeñas marcas en su muñeca derecha, sino que además el insecto mordedor no fue uno vulgar, sino una mantis radioactiva que con su mordisco le había transmitido sus instintos, a saber: una lujuria incontrolable a la que solo puede poner fin una cópula, una muerte y un banquete. Como lo oyen. Y es que, al parecer, el animalito en cuestión se caracteriza porque sus hembras tras la unión sexual proceden a dar muerte al macho que las monta y a comérselo, literalmente. Recuerdo que la primera vez que escuché esto pensé que el entomólogo que descubrió la especie y le puso nombre, o no estuvo afortunado ese día, o practicaba una religión de la que es mejor no ponerse al alcance de sus adeptas. También pensé lo duro que debía ser la vida de los mantis machos y lo bien que les vendrían unos cursos acelerados de eyaculación precoz, de ese modo al menos tendrían una remota posibilidad de escapar, ya que de otro: “Una y no más, Santo Tomás”, referencia, por cierto, muy bien traída al caso.

Volviendo a nuestra dama, desde el infausto día de la mordida, empezó a actuar de modo bastante inadecuado a su apariencia humana, pero tremendamente coherente con su nuevo espíritu animal: se ofrecía a todos los



hombres que encontraba a su paso con la secreta intención de darles muerte tras su apareamiento. Tras varios intentos, afortunadamente sin éxito, sus padres la recluyeron en casa pensando que su conducta sería pasajera. Tuvo suerte de que nadie la denunciara, pues los agredidos se sentían culpables por intentar aprovecharse de una adolescente y, por ello, reacios a ponerse ante un tribunal. Pero no estaba hecha la prisión para ella, al menos no aquella, tan hogareñamente frágil, y escapó. Y ocurrió entonces lo que tuvo que ocurrir... Al final la mantis que llevaba dentro cumplió su objetivo: cópula, muerte y cena en ese caso, por darse el banquete bastante tarde. Tras varios años en el ala psiquiátrica de un centro penitencial, donde fueron analizadas las posibles causas de su demencia -se creó un nuevo síndrome, el síndrome de Quijote-Spiderman, al establecerse que su caso fue originado por el consumo de lectura fantástica, tipo superhéroes-, fue a parar allí, al edificio blanco en el que John Doe deambulaba a diario. Ella es una de los que tiene que convencer, y el ataque de hace escasos minutos al hombre que pasó a su lado va a ayudarlo, pues sabe que, debido a esa agresión, a la Mantis le espera una tarde tranquila atada con correas a su cama, y aprovechará la circunstancia para hablarle sin que se le abalance. Parece tener la suerte de su lado.

Busca luego a su segundo objetivo y lo encuentra charlando con otro interno. Se acerca a ellos y, justo antes de unirlos, escucha un tremendo *plof*, ante el cual, el paciente que conversaba con el que debe ser su ayudante en el plan urdido reacciona arrugando la cara y alejándose con rapidez. Una enorme mancha marrón brota de la nada en la parte trasera de su, hasta entonces,

blanco pantalón. John da media vuelta y huye apresuradamente hasta el lugar más alejado del ala; ya tendrá tiempo de acercarse a él cuando lo limpien. Estará atento para hacerlo, justo después del lavado, para alejar lo más posible una escena similar en la futura conversación. Y es que este hombre en cuestión tiene un enorme problema de contención de esfínteres añadido a su locura. John conoce que los médicos del centro se reparten entre dos teorías creadas sobre el paciente: unos sostienen que el problema de esfínteres es el origen de su locura y otros que es su locura la que provoca el problema de los esfínteres. Dos hipótesis para un mismo hecho. No hubo ningún doctor que pensara, como John hacía, que podrían ser cosas independientes. “Una persona puede ser manca y tuerta, y no por eso haberse ensartado el ojo con el gancho del muñón”, eso pensó John un día que tuvo fuerzas para pensar. Pero John no es médico, ni socio de un importante bufete de abogados.

Para encontrar al tercer individuo solo tiene que ponerse a escuchar. El interno no está en la sala sino por los pasillos, pero es fácil de encontrar en todo momento. Verdi no pasa más de un par de minutos sin cantar un aria, lamentablemente por cierto. Lo he llamado Verdi, porque ese es el mejor de sus apodos, aunque también es conocido como Loro, Tarzán, Sirena, Pavorroti y algunos más que le son puestos según sus alaridos le parecen a la mente disfuncional que lo nombre. Nótese que he elegido el nombre más ilustre, pues su intención al cantar siempre es buena, no así su voz, ni su entonación, que por sí sola se hace acreedor a tal barítono de situarlo en el sanatorio donde ha acabado. La dirección del centro opta por sedarlo de cuando en cuando para

descanso del personal interno y trabajadores, cosa que a su vez le viene bastante bien a su laringe, que recibe una tregua necesaria para así, brioso, entonar –es un decir– nuevos cantos. John lo aborda y consigue en unos minutos su colaboración: le promete que lo sacará de allí el día acordado para llevarlo a cantar una ópera en el mismísimo Madison Square Garden. Como pueden apreciar no iba mal encaminado el señor Doe padre respecto al intelecto, tan infrautilizado, de su hijo.

Solo queda uno que no acierta a encontrar. Busca y busca hasta que, a punto de desistir, lo encuentra en una esquina cercana al pasillo de las habitaciones del ala oeste. Está a cuatro patas olisqueando el rodapié. Se le acerca lentamente y le acaricia la cabeza despacio. El hombre levanta la cabeza y lo mira. De pronto saca la lengua y empieza a jadear. “Buen chico”, dice John y comienza a explicarle su plan. El hombre agachado parece escuchar atento, mirándolo con la cabeza torcida. A ratos mueve la cabeza, ladeándola a izquierdas y derechas alternativamente durante la explicación que John tiene a bien darle. Cuando acaba, el hombre asiente y emite un ladrido: está en el ajo.

Una semana más tarde todo está listo. John Doe ha sumado a la Mantis y al hombre que no controla sus esfínteres a la causa que ya compartía con Verdi y el extraño hombre-perro. Los cuatro se ofrecieron a ayudarlo merced a las dotes que mostró para su convencimiento. A todos y cada uno prometió aquello que anhelaban: citas para una lujuria incontrolada, una hacendosa familia de acogida carente de olfato, una noche de ópera en protagonista o un amo cariñoso y fiel. Para esto último se sirvió de su propia persona como ofreciente.

Y listos los actores, compone el escenario. Para ello debe reunir varias cosas que le harán falta. No hay problema, John tiene habilidad para conseguir en este sitio cualquier cosa que allí se halle. Da igual dónde se esconda o se guarde: a plena disposición o en sitios bajo llave, en la zona de internos o en oficinas, en la planta alta o la baja; él siempre logra su propósito. Podría decirles que basaba esta habilidad en su fino intelecto, aderezado con la enorme energía que ponía a cada cosa que hacía, pero a estas alturas de la historia no me creerían. Es cierto que John es, y en su día fue aún más, bastante inteligente -esto lo ha acabado de demostrar recientemente convenciendo a cuatro perturbados para ayudarle a perpetrar un plan del que desconocen finalidad y *modus operandi*-, pero todos sabemos ya que, en cuanto a gastar energías, la avaricia le ha crecido tanto con los años que es capaz de sondarse a sí mismo toda una noche con tal de no interrumpir su sueño para ir al baño.

John Doe logró obtener el día anterior todo lo que necesita y ahora entra en acción, con desgana, como lo hace todo, obligado por su circunstancia y para evitarse males mayores, para escapar de su agrio destino. Y ahí lo vemos, deambulando por el pasillo a horas calmas, cuando todos llevan descansando - o intentándolo- más de dos horas en habitaciones cerradas con llave por fuera. Lleva una caja de cartón y anda despreocupado a pesar de que en los pasillos hay cámaras de vigilancia. No teme ese hecho, no en vano estuvo sentado, esforzado, con los ojos cerrados, pensando este plan durante mucho tiempo, en el cual estimó este día, y no otro, para su puesta en escena. ¿Por qué este día?, porque es jueves. ¿Por qué un jueves? porque los jueves en el control de noche

está el tipo alto y calvo. ¿Por qué el tipo alto y calvo?, porque al tipo alto y calvo le gusta el fútbol y porque además, precisamente hoy, este jueves, dan la final de la *Super Bowl* y sabe que el tipo alto y calvo no va a quitar ojo de la televisión. Y aparte: él no hace nada malo, solo lleva una caja.

Llega a su destino, un pequeño cuarto que funciona como almacén de ropa. ¿Por qué este almacén?, porque es lo suficientemente grande para que quepan cuatro personas, porque en este sitio no llegan las cámaras de vigilancia, porque nadie le verá sacar las botellas de la caja y derramarlas sobre la ropa y el suelo.

Ya lo tiene todo preparado. Está agotado y para animarse piensa que mañana será libre, que todo habrá acabado satisfactoriamente, y este pensamiento le infunde las fuerzas necesarias para continuar. Se mira la mano y ve las cuatro llaves: una por cada habitación de sus cómplices. ¿Cómo las ha conseguido?, ya dije que es capaz de conseguir cualquier cosa en este lugar, y esto no le resultó especialmente difícil. Se dirige a la habitación de la Mantis presto a abrir la puerta, pero en el último momento lo piensa mejor: si va a reunir a los cuatro en el almacén mejor será que no sea la primera o al infausto segundo le espera una cópula, con muerte y banquete en espacio reducido, que, aunque se viera truncada, serviría con toda probabilidad para armar un tremendo revuelo que agitaría a la masa interna del edificio. Así que decide que la Mantis será la última que deje salir. ¡Bravo por John!, una vez más deja ver que es un tipo listo. Ahora, con esto que le ha sucedido, le surge la duda en el orden a seguir porque cada uno presenta un problema distinto. Decide que el más inocuo es el hombre que no controla sus esfínteres, lo más que puede hacer es perfumar la estancia;

será el primero. Verdi podría dar problemas si empieza a desplegar su repertorio, pero encuentra una solución: le dará algo para entretener su boca. Busca en sus bolsillos y encuentra chicle, con esto Verdi puede ser el segundo. Dejará al hombre-perro tercero, no quiere que permanezca demasiado tiempo en el almacén olisqueando lo que ha vertido. La Mantis será, como pensó hace solo un instante, la última, para preservarla de su hambriento y lujurioso instinto asesino.

Uno a uno va llevando a los internos a la pequeña reunión dentro del almacén a través de los pasillos, bajo las cámaras de vigilancia desatendidas por el tipo alto y calvo que solo tiene ojos para el *quarterback* de azul. Primero acompaña al hombre que no pudiendo controlar su esfínter urinario deja un reguero de orina por el pasillo. Luego a Verdi al que ha introducido varios chicles en su boca. Tiene más dificultades en llevar al hombre-perro, debido a que tiende a quedarse olisqueando el rastro dejado involuntariamente por el hombre de dilatados esfínteres. Por último acompaña a distancia prudente a la Mantis para evitar su abalance.

Cuando llega con la única mujer del grupo ante la puerta coge aire: ahora debe hacerlo todo rápido y eficazmente, todo depende de su pericia; va a ser agotador. Abre la puerta, empuja a la Mantis dentro, busca el encendedor en su bolsillo, lo coge, se agacha, enciende el mechero, prende el líquido que asoma por debajo de la puerta, se produce un grave inflamación, corre a la habitación, se quita la bata, se mete en la cama, la alarma anti-incendios suena, salta de la cama, sale en ropa interior, corre por los pasillos abriendo habitaciones de

internos, los manda a las salidas de emergencia, y luego se reúne con todos ellos y el resto de personal en el patio... Todo ha salido a la perfección.

Al día siguiente los peritos de la policía tienen bastante claro que el incendio, que ha dado un balance de cuatro muertos, fue provocado. Buscan las cintas de seguridad y descubren que esa noche alguien ha desconectado el sistema de grabación. El tipo alto y calvo va a responder de esta negligencia; debería haber atendido más al piloto rojo que al *quarterback* de azul. Desde ese día el fútbol va a dejar de tener interés para él.

¿Y qué hay de John Doe? John es por fin libre... de momento. O quizás debería decir más bien que está liberado... por ahora. Su cuerpo no temerá ya acercarse a la Mantis mientras la obliga a tomar su medicación; no más agarrones indeseados, no más esfuerzos para quitarse a la Mantis de encima, para maniatarla a la cama sorteando sus menudos pero audaces puños. Sus oídos descansarán sin los estruendosos alaridos de Verdi; no más esfuerzos de concentración para evitarlos. Sus tobillos y espinillas no tendrán que soportar más los mordiscos del hombre-perro; no más dolor, no más esfuerzos en desinfectar las mordeduras. Y sobre todo, no tendrá que limpiar jamás al hombre que no controlaba sus esfínteres, no tendrá que recoger más su mierda, sus orines, ni siquiera tendrá que recurrir a la veloz huida que tanto le agotaba para dejarle ese marrón a sus compañeros. No más esfuerzos.

Ahora John es más feliz, ha escapado de la situación que ha soportado durante más tiempo del deseado. Sentado en su silla, vigilando a los internos, ya no cierra los ojos apretándolos con fuerza para parir pensamientos, sino que

lo hace relajadamente, en la paz que da su pereza. Quizás sería más feliz si fuera socio de un renombrado bufete de abogados, pero solo es un vigilante en este edificio, tan blanco, por fuera y por dentro, como su bata y sus calcetines. Un empleo que pudo conseguir sin esfuerzo gracias a un compañero de universidad que, compadecido de él, lo metió en la empresa que el ayuntamiento subcontrata para cuidar estos productos humanos que, según un insensible criterio social históricamente eternizado, no dan el nivel de calidad suficiente para pasear por las calles de esta gran ciudad. Alguna vez este compañero ha ido a visitarlo al sanatorio pero a John no le gustan sus visitas porque se convierten rápidamente en sermones lleno de reprimendas. Porque John podría haber sido como él, abogado -todavía no socio, pero todo se andará-, porque John era más brillante que él... Eso le dice su antiguo compañero. Pero John se cansa de oírle esas cosas.

Realmente se cansa por todo: le gustan las hamburguesas pequeñas, sin ningún añadido, para no tener que abrir mucho la boca al morderlas, come cosas blandas para no masticar en demasía, viste solo con la ropa de trabajo para no ir a comprarla ni elegir cada día que ponerse, usa toda cosa que puede luego desechar para no tener que limpiar, ni lavar, ni fregar, y por supuesto no cocina. ¿Del ejercicio?, ya quedó claro que solo pensar le agota... Pero a él le gusta su vida, siempre, claro está, que no tenga que hacer nada.

Acaba de entrar un nuevo huésped, apuesto a que en breve será conocido como Escupidor. John Doe lo mira y se cansa.